Saltimbancos, Badulaques y Peleles.

Ellos son, entre las olas, la resaca, la contracorriente que regresa tras alcanzar la orilla. Bípedos implumes e inconsolables tratando de vencer la ley de leyes en el mundo, sufridores cotidianos de esa descompensación térmica, química, hidrológica y espacial que en el cuerpo sobreviene a la euforia de todas las sustancias exaltantes, aquellas por las cuales la pasión los arrebata, los hace perder la moderación y la calma, para luego abandonarlos en cualquier playa soleada, lejos ya de los abrazos, con una cucharada de arena en la boca y sumidos en la más existencial de las angustias. Entonces se apalancan en su único instrumento, sea éste personaje o marioneta, pincel, flauta, cuerda, palabra o fibra de su cuerpo, y entregan sus fuerzas precarias al intento de levantarse, otra vez, en éste mundo.

Desviados de todas las rutas hechas por los pies sobre la tierra, aquí sólo vienen de visita. No llegan simplemente. Caen, se golpean, nos sacuden y se van. Es común verlos frenéticos por fuera de sus trapos, con sus máscaras risueñas y sus colgandejos. Hablan solos y a cualquiera. Se adornan con flecos, antenas y chirimbolos. Un día pían, el otro maullan, más tarde inventan una lengua para las hormigas. Van con la mirada fija en una idea o perdida en infinitos. Cuando lloran lo hacen por dentro, porque hacia fuera lo harían en diluvios. Prefieren sentarse en cualquier piedra a ver su mueca triste sobre el espejo de bolsillo, dos por dos suficiente para reflejar la contención de sus impulsos.

Saltimbancos, charlatanes, contadores de cuentos, jugadores de manos, manipuladores de hilos, titiriteros. Hombres bullidores y de poca sustancia que no pueden estar quietos. Badulaques, agitadores, necios, inconsistentes, impuntuales e incapaces por lo natural de cumplir sus compromisos. Peleles rellenos, espantapájaros abandonados a su suerte: cagadero de cuervos y guardianes de alimento, con rabo de paja y fuego por dentro. Para ellos, malditos escogidos, la montaña será rusa. Ascender a lo más alto y bajarse rapidito. Sobre las mesas, en las cuerdas flojas, entre trapecios, trampolines y malabares, sus días avanzan como una progresión emocional dramática hacia el gran desequilibrio. En esta carpa se baja y se sube, se sube y se baja, y después de la tormenta viene la caja. (No rima pero es verdad).

Andrés Marcel Giraldo

(Barcelona España Junio 16 de 2002 11:02 am)